**AGUSTÍN DE HIPONA**

**LA CIUDAD DE DIOS**

Traducción de Santos Santamarta del Río, OSA y Miguel Fuertes Lanero, OSA

**LIBRO VIII**

**[Teología natural y filosofía]**

**CAPÍTULO I**

**La cuestión de la teología natural debe discutirse
con los filósofos de doctrina más elevada**

Al presente se precisa una atención mucho más intensa que la exigida para la explicación y solución de los problemas de los libros precedentes. Al tratar de la llamada teología natural, tenemos que habérnoslas precisamente con los filósofos, no con unos hombres cualesquiera (ya que no es la fabulosa o civil, es decir, la del teatro o la de la ciudad: la primera exalta los crímenes de los dioses, la otra pone de manifiesto sus deseos más criminales, y, por tanto, más propios de demonios que de dioses). Y filósofo, según lo indica el nombre, quiere decir «amante de la sabiduría».

Ahora bien, si la sabiduría es Dios,*por quien todo ha sido hecho*[1](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn1), como nos lo dice la autoridad y verdad divinas, el verdadero filósofo es el que ama a Dios. Pero en realidad el contenido de este nombre no se encuentra en todos los que se glorían de él (pues no siempre son amadores de la verdadera sabiduría los que se llaman filósofos); por ello, de entre todos aquellos cuyo pensamiento hemos conocido por sus escritos tendremos que elegir con quiénes se pueda tratar dignamente esta cuestión.

Además, en esta obra no me he propuesto refutar todas las opiniones de todos los filósofos, sino solamente las que se refieren a la teología, cuyo vocablo griego significa discurso o tratado sobre la divinidad. Y aun así, no las de todos, sino sólo las de quienes están de acuerdo en admitir la divinidad y su cuidado de las cosas humanas, pero a la vez opinan que no basta el culto de un Dios inmutable para conseguir una vida feliz aun después de la muerte, sino que han sido creados y establecidos muchos por ese único y deben ser venerados por esta causa.

Éstos ya superan la opinión de Varrón en el acercamiento a la verdad. Varrón, en efecto, sólo supo enmarcar la teología natural en los límites de este mundo y su espíritu. En cambio, éstos admiten un dios superior a toda naturaleza humana, que no sólo ha creado este mundo visible, que denominamos frecuentemente cielo y tierra, sino que ha creado también todas las almas que existen; así como también hace feliz, con la participación de su luz inmutable e incorpórea, al alma racional e intelectual, cual es el alma humana. Nadie con un ligero conocimiento de estas cuestiones ignora que éstos son los filósofos llamados platónicos, palabra derivada de su maestro Platón. Sobre Platón, pues, trataré sumariamente lo que juzgo necesario en esta cuestión; aunque mencionaré primero a sus predecesores en esta materia.

**CAPÍTULO II**

**Dos escuelas filosóficas: la itálica y la jónica; sus autores**

Por lo que se refiere a la literatura griega, la lengua más ilustre entre las de los gentiles, se encuentran dos escuelas de filósofos: la itálica, de la parte de Italia que se llamó antiguamente Magna Grecia, y la jónica, en la parte que aún hoy se sigue llamando Grecia. La escuela itálica tuvo como fundador a Pitágoras de Samos, de quien se dice tuvo origen el nombre de filósofo. Antes de él se llamaban sabios los que parecían aventajar a los demás en un método de vida laudable. Preguntado éste sobre su profesión, respondió que era filósofo, es decir, dedicado o amante de la sabiduría; le parecía mucha arrogancia llamarse sabio.

La escuela jónica tuvo por jefe a Tales de Mileto, uno de los siete sabios. Los otros seis se distinguieron por su género de vida y por ciertas normas de buena conducta. Tales destacó en el estudio de la naturaleza de las cosas, y para dejar también sucesores, consignó por escrito sus lucubraciones. Y lo que más fama le dio fue su conocimiento científico de la astrología, con que pudo hasta predecir los eclipses del sol y la luna. Tuvo al agua como principio de las cosas, diciendo que de ahí provenían todos los elementos del mundo, y aun el mismo mundo y cuanto en él se produce. Sin embargo, no puso principio alguno, procedente de la inteligencia divina, al frente de esta obra que la consideración del mundo nos hace ver tan admirable.

A Tales lo sucedió Anaximandro, su discípulo, que cambió la doctrina sobre la naturaleza de las cosas. No pensó, como Tales, que todo procedía de un elemento, el agua, sino que todas las cosas nacen de sus propios principios. Pensó que estos principios de cada cosa eran infinitos, y que ellos engendraban innumerables mundos y cuanto en ellos se produce. También enseñó que estos mundos se disuelven y se originan de nuevo, según el tiempo que puede durar cada uno. Tampoco éste atribuyó influencia alguna en estas mutaciones de las cosas a la inteligencia divina.

Dejó como discípulo y sucesor a Anaxímenes. Éste atribuyó todas las causas de las cosas al aire infinito. No negó los dioses ni los pasó por alto; sin embargo, no los hizo autores del aire, sino más bien nacidos ellos de él.

Su discípulo Anaxágoras ya tuvo al espíritu divino como autor de todas las cosas que vemos, afirmando que todo género de cosas eran hechas, cada una según sus módulos y especies propias, de una materia infinita que constaba de partículas semejantes entre sí; pero que el que las hacía era el espíritu divino.

También Diógenes, otro discípulo de Anaxímenes, afirmó que el aire es la materia de las cosas, y que de él son hechas todas; pero dio un paso más, y lo considera dotado de inteligencia divina, sin la cual no puede proceder nada de él.

Sucedió a Anaxágoras su discípulo Arquelao, para quien todas las cosas están formadas de partículas semejantes entre sí, de las cuales se hacía cada una de las cosas; y de tal modo, que había ahí una inteligencia que, uniendo y separando, gobernaba todos estos cuerpos eternos, es decir, esas partículas. De éste se dice fue discípulo Sócrates, maestro de Platón; por él he traído a colación brevemente todas estas enseñanzas.

**CAPÍTULO III**

**Doctrina de Sócrates**

Se cita a Sócrates como el primero en orientar toda la filosofía a la enmienda y ordenación de las costumbres; antes de él dedicaban todos su mayor empeño a profundizar en las cosas físicas, esto es, naturales. Aunque no me parece pueda verse claramente el propósito de Sócrates: ¿pretendió, dominado por el tedio de las cosas oscuras e inciertas, descubrir algo cierto y claro, necesario para la vida feliz, a cuya única consecución parece encaminado el cuidado y trabajo de todos los filósofos? ¿O acaso, como piensan algunos benévolamente, no quería que los espíritus inmersos en apetitos terrenos aspirasen a las cosas divinas?

A veces veía que se afanaban por las causas primeras y últimas de las cosas, que para él sólo estaban en la voluntad del Dios único y supremo; y pensaba que sólo podía comprenderlas una limpia inteligencia. Por eso juzgaba debía insistirse en la purificación de la vida por las buenas costumbres a fin de que, libre el ánimo de bajos apetitos, alce el vuelo con su vigor natural a lo eterno, y pueda contemplar con la limpieza de su inteligencia la naturaleza de la luz incorpórea e inmutable, en que se encuentran firmes las causas de todas las naturalezas creadas.

Consta, en efecto, que él, confesando su ignorancia o disimulando su ciencia, con el admirable donaire de su dialéctica y con su extremada elegancia, puso en solfa y desbarató la necedad de los ignorantes que se las daban de entendidos incluso en las cuestiones morales, en las que él parecía tener centrada toda su atención. Con ello se atrajo enemistades, y, condenado por una calumniosa acusación, fue castigado con la muerte. Luego tuvo que llorarlo públicamente la misma Atenas, que públicamente lo había condenado, y de tal modo se tornó la indignación del pueblo contra los dos acusadores, que uno murió violentamente a manos de la multitud y el otro se libró de tal pena con destierro voluntario y perpetuo.

Con fama tan ilustre de su vida y de su muerte, dejó Sócrates muchísimos seguidores de su doctrina, empeñados a porfía en la discusión de cuestiones morales, en las que se trata del bien supremo, que puede hacer al hombre feliz. Cierto que en las lucubraciones de Sócrates, en que lo trata todo, afirmando unas cosas y negando otras, no aparece claro su pensamiento; por ello cada uno tomó lo que le gustó, estableciendo el fin del bien donde mejor le pareció. Pero el fin del bien se llama a lo que hace feliz a uno cuando lo consigue. De ahí nació la diversidad de opiniones entre los socráticos respecto a este fin, de tal manera que (cosa increíble pudieran hacer los seguidores de un mismo maestro) unos, como Aristipo, tienen como supuesto bien al placer; otros, como Antístenes, a la virtud. Así unos han opinado una cosa, y otros otra, y sería muy largo enumerarlos a todos.

**CAPÍTULO IV**

**El discípulo principal de Sócrates fue Platón.
éste dividió toda la filosofía en tres partes**

Entre los discípulos de Sócrates se destacó con gloria principal y bien merecida, eclipsando a todos los demás, Platón. Era ateniense, de familia ilustre, y muy superior a sus condiscípulos por su maravilloso ingenio. Pensando que ni por sí mismo ni con la doctrina socrática podía llevar a la perfección la filosofía, recorrió por mucho tiempo las regiones más lejanas que pudo, a dondequiera lo llevaba la fama de alguna ciencia digna de estudio. Así aprendió en Egipto las enseñanzas notables que allí se profesaban y enseñaban; pasó de allí a la región de Italia, célebre por el nombre de los pitagóricos, y con suma facilidad asimiló de labios de sus sabios más eminentes la floreciente filosofía de la Magna Grecia. Por el amor que sentía hacia su maestro Sócrates, le hacía interlocutor de casi todos sus tratados, procurando armonizar con el aire y moralidad de aquél cuanto había aprendido de los demás o había penetrado con su propio talento.

El estudio de la sabiduría se encuentra en la acción y en la contemplación, y así puede llamarse activa a una parte y contemplativa a la otra. La activa trata del gobierno de la vida o de formar las costumbres; la contemplativa, en cambio, de la contemplación de las causas de la naturaleza y de la verdad en sí. Se dice, pues, que Sócrates sobresalió en la vida activa y que Pitágoras se dedicó más a la contemplativa con todos los recursos de su talento.

Se le atribuye a Platón la gloria de haber unido a ambos perfeccionando la filosofía, que dividió en tres partes: la moral, que se encuentra sobre todo en la acción; la natural, destinada a la contemplación; la racional, que distingue lo verdadero de lo falso. Y aunque ésta sea necesaria tanto a la acción como a la contemplación, reclama sobre todo como cosa más propia el conocimiento de la verdad. Esta división en tres partes no es, pues, contraria a la distinción de todo el estudio de la sabiduría en acción y contemplación.

¿Cuál fue la opinión de Platón sobre cada una de estas partes, esto es, en dónde conoció o creyó que estaba el fin de todas las acciones, la causa de todas las naturalezas, la luz de todas las razones? Pienso que es muy largo el tratar de explicarlo con palabras, y también pienso que no debe afirmarse temerariamente. Cuando introduce en sus diálogos a su maestro Sócrates, y procura mantener, porque así le gustaba también a él, la costumbre ordinaria que tenía de disimular su ciencia o su opinión, sucede que quedan también en la penumbra las opiniones de Platón sobre las grandes cuestiones. Sin embargo, de las cosas que se leen en él, ya las haya dicho como suyas, o ya haya referido o escrito que fueron dichas por otros y que a él le han parecido bien, es preciso recordar e insertar algunas en esta obra: sea cuando presta una ayuda a la religión verdadera, que nuestra fe acepta y defiende, sea cuando parece serle contrario, en cuanto se refiere a la cuestión del Dios único y de muchos dioses, a causa precisamente de la vida verdaderamente feliz que vendrá después de la muerte.

Quizá a aquellos a los que ha ensalzado más la fama por haber seguido a Platón y haberlo reconocido con más perspicacia y veracidad como muy por encima de los demás filósofos gentiles, quizá ésos tengan de Dios la opinión de que en él se encuentra la causa de la subsistencia, y la razón de la inteligencia y la ordenación de la vida; de estas tres cosas, una pertenece a la parte natural, la otra a la racional y la tercera a la moral. Pues si el hombre fue creado en tal condición que por lo que en él hay de excelente alcanza lo que excede a todas las cosas, es decir, un solo Dios verdadero y perfecto, sin el cual no subsiste naturaleza alguna, ni instruye doctrina alguna, ni aprovecha costumbre alguna: busque a aquel en quien encontramos la seguridad de todas las cosas; contemple a aquel en quien todas son ciertas; ame a aquel en quien tenemos la suprema rectitud.

**CAPÍTULO V**

**Sobre la teología hemos de tratar principalmente con los platónicos,
cuyo sentir debe anteponerse a las doctrinas de todos los filósofos**

Si Platón dijo que el sabio es aquel que imita, conoce y ama a este Dios cuya participación lo hace feliz, ¿qué necesidad hay de examinar a los demás? Ninguno de ellos está tan cerca de nosotros como éstos.

Ceda ante ellos la teología fabulosa que recrea los ánimos de los impíos con los crímenes de los dioses. Ceda también la civil, en que los impuros demonios bajo el nombre de dioses sedujeron con placeres terrestres a los pueblos a ellos entregados y tuvieron a bien considerar los errores humanos como honores divinos; incitaban así con los más inmundos afanes a sus adoradores a la contemplación escenificada de sus crímenes como manera de darles culto, y se proporcionaban a sí mismos de parte de los espectadores escenas más detestables. En lo cual, si aún tienen lugar algunas ceremonias dignas, se ven mancilladas por la obscenidad de los teatros que las acompañan, y las torpezas que se representan en el teatro merecen alabanza comparadas con la degradación de los templos.

Ceda también la interpretación que ha dado Varrón, como si estos ritos se refirieran al cielo, a la tierra y a las semillas y actos de los seres mortales; ya que, en realidad, por una parte, no son significados por aquellos ritos que pretende insinuar, y por ello su empeño no atina con la verdad; y, por otra, aunque lo fueran, no debe el alma racional dar el culto debido a su Dios a los seres que le son inferiores por naturaleza; ni debe poner delante de sí como dioses las cosas cuya primacía le dio a ella el verdadero Dios.

Y déjense también a un lado los escritos referentes a estos ritos sagrados que Numa Pompilio procuró fueran enterrados, y que descubiertos por el arado mandó el Senado quemar. En la misma línea se encuentran también, para no cargar las tintas sólo sobre Numa, las noticias que Alejandro de Macedonia comunicó a su madre le habían sido descubiertas por cierto León, sacerdote de gran categoría entre los egipcios. En ellas se presentan como simples hombres no sólo Pico y Fauno, Eneas y Rómulo, así como Hércules, Esculapio y Líbero, hijo de Semele, los Tindáridas y los restantes mortales que tienen por dioses; se presentan también los dioses mayores de los gentiles, que Cicerón en sus*Tusculanas* parece quiere insinuar sin citar los nombres, Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta y muchísimos otros que Varrón trata de trasladar a las partes o elementos del mundo. Aquel sacerdote, temiendo como una revelación de los misterios, le encarga con súplicas a Alejandro que los entregue a las llamas tan pronto como le haya dado cuenta por escrito a su madre.

No sólo, pues, han de ceder estas dos teologías, la fabulosa y la civil, a los filósofos platónicos, que reconocieron la existencia del Dios verdadero, creador de las cosas, iluminador de la verdad, dador de la felicidad; han de ceder también ante varones tan ilustres y conocedores de semejante Dios los otros filósofos que, con espíritu sometido al cuerpo, tuvieron como principio de la naturaleza las cosas corporales. Así Tales, que lo puso en el agua; Anaxímenes, en el aire; los estoicos, en el fuego; Epicuro, en los átomos, esto es, en corpúsculos tan diminutos que no pueden dividirse ni percibirse.

Háganse aparte, finalmente, todos aquellos en cuya enumeración no es preciso detenerme, que afirmaron como causa y principio de todas las cosas a los cuerpos ya simples, ya compuestos, ya sin vida, ya con ella, pero, al fin, cuerpos. De ellos, algunos, como Epicuro, creyeron que los seres vivientes podían proceder de los no vivientes; otros, en cambio, que los seres vivientes y los no vivientes proceden de los vivientes ciertamente, pero los cuerpos, del cuerpo. Pues los estoicos tuvieron al fuego realmente como dios, y este fuego no era otra cosa para ellos que uno de los cuatro elementos de que consta este mundo visible, siendo a la vez viviente, sabio y autor del mismo mundo y de todo lo que en él existe.

Éstos y todos los semejantes a ellos no pudieron pensar otra cosa que lo que les comunicaban sus corazones vinculados a los sentidos de la carne. Tenían en sí mismos lo que no veían, y se imaginaban que veían fuera de sí lo que no veían, aunque en realidad no lo veían, sino que sólo lo pensaban. Y esto, en realidad, a la vista de tal imaginación, no es cuerpo, sino semejanza de cuerpo. Y la facultad por la que se ve en el ánimo esta semejanza del cuerpo ni es cuerpo ni semejanza de cuerpo; y esa misma facultad, que juzga si es hermosa o deforme esa semejanza, es ciertamente más elevada que ésta. Ésa es precisamente la mente del hombre y la naturaleza del alma racional, que ciertamente no es cuerpo; como no lo es tampoco esa misma semejanza del cuerpo cuando se la ve y discierne en el ánimo del que piensa. No es, pues, ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego, los cuatro cuerpos, llamados también elementos, de que vemos está formado este mundo corpóreo. Y así, si nuestro ánimo no es cuerpo, ¿cómo puede ser cuerpo Dios, creador del ánimo?

Cedan, pues, todos éstos, como se ha dicho, a los platónicos; cedan también los otros que se ruborizaron de afirmar que Dios era cuerpo y, sin embargo, no tuvieron reparo en afirmar que nuestros ánimos son de la misma naturaleza que es Él. No les ha conmovido una mutabilidad tan grande del alma, que es impío atribuir a la naturaleza de Dios. Pero replican que la naturaleza del alma se cambia en contacto con el cuerpo, pues por sí misma es inmutable. Lo mismo podían decir que si la carne recibe heridas es por el cuerpo, pues por sí misma es invulnerable. Lo que no puede ser cambiado no puede cambiarlo nada; y así, lo que puede cambiar por medio del cuerpo, ya puede cambiar por algo y, por tanto, no se puede llamar justamente inmutable.

**CAPÍTULO VI**

**Pensamiento de los platónicos en la parte de la filosofía llamada física**

Estos filósofos, pues, que vemos justamente preferidos por la fama y la gloria a todos los demás, reconocieron que Dios no es cuerpo; y así, en la búsqueda de Dios trascendieron todos los cuerpos. Vieron que ninguna cosa que cambia puede ser el Dios supremo. Comprendieron, además, que en cualquier cosa mudable, toda forma que le hace ser lo que es, de cualquier modo o naturaleza que sea, no puede tener existencia sino de quien verdaderamente existe, porque existe sin poder cambiar. De donde concluyeron que sólo de quien tiene existencia simplicísima puede tenerla el cuerpo de todo el mundo, sus formas, sus cualidades, el movimiento ordenado, los elementos ordenados desde el cielo hasta la tierra, y todos los cuerpos que hay en ellos. Y lo mismo ha de decirse de toda suerte de vida: ya sea la que alimenta y conserva, como vemos en los árboles; ya la que, además de esto, siente, como la de los cuerpos; ya la que, además, entiende, como la de los hombres; ya, finalmente, la que sin necesidad del subsidio nutritivo se conserva, siente y entiende, como la de los ángeles. Y en ese ser simplicísimo no es el vivir diferente del entender, como si pudiera vivir sin entender; ni es el entender diferente del ser feliz, como si pudiera entender sin ser feliz; sino que su existencia es precisamente el vivir, el entender, el ser feliz.

Por esta inmutabilidad y simplicidad entendieron que Él hizo todas las cosas, y que Él no pudo ser hecho por nadie. Pensaron que cuanto existe o es cuerpo o es vida; que la vida es mejor que el cuerpo, y que la forma del cuerpo es sensible, y la de la vida inteligible. Y así prefirieron la figura inteligible a la sensible.

Llamamos sensibles a los seres que pueden ser percibidos por la vista o por el tacto; inteligibles, a los que sólo pueden ser entendidos por la mirada de la mente. No hay hermosura corporal, ya sea en el estado del cuerpo, cual es la figura, ya en el movimiento, cual es la canción, sobre la cual no juzgue el espíritu. Lo cual no podría hacer si esa figura no fuera más elevada en él, y esto sin el volumen de la masa, sin el estrépito de la voz, sin el espacio del lugar o del tiempo. Pero a su vez también, si no fuera mudable, no podría juzgar uno mejor que otro sobre la hermosura sensible ni un espíritu más ingenioso mejor que otro más torpe, uno más sabio mejor que otro menos sabio, uno más ejercitado mejor que otro menos ejercitado, y uno mismo ya adelantado mejor que antes de serlo. Lo que en efecto sufre aumento o disminución es, sin duda, mudable. Por ello los hombres ingeniosos, sabios y ejercitados en estas materias, llegaron a la conclusión de que no puede hallarse la primera figura en aquellas cosas en que se la ve cambiante.

De suerte que, habiendo, según ellos, en el cuerpo y en el alma diversos grados de belleza, y no pudiendo tener existencia si no tuvieran figura alguna, concluyeron tenía que haber algo en que existiera la primera e inmutable y, por tanto, incomparable; y pensaron con toda razón que allí se encontraba el principio de las cosas, que no pudo ser hecho, y del cual se hicieron todas ellas. Así lo que puede conocerse de Dios, Dios mismo se lo ha puesto delante cuando lo invisible de Dios resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras, también su eterno poder y su divinidad. Por Él fueron creadas también todas las cosas visibles y temporales[2](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn2).

Queda dicho lo que se refiere a la que llaman parte física, es decir, la natural.

**CAPÍTULO VII**

**Los platónicos aventajan con creces a los demás en la lógica,
es decir, en la filosofía racional**

Por lo que se refiere a la doctrina, de que trata la segunda parte, que ellos llaman lógica, es decir, racional, no pueden compararse en modo alguno con ellos los que colocaron el juicio de la verdad en los sentidos del cuerpo y pensaron que todo lo que se aprende había de estar sometido a sus reglas sospechosas y falaces. Tal es la opinión de los epicúreos y de otros semejantes; tal, también, la de los estoicos, que, teniendo una predilección especial por la habilidad en la disputa que llaman dialéctica, juzgaron que había que derivarla de los sentidos del cuerpo; y de ahí afirman que el espíritu concibe las nociones, es decir ἐννοίας, de las cosas, que explican por medio de definiciones. Y de ahí también transmiten y encadenan todo el arte de aprender y enseñar.

Suelo maravillarme mucho cuando les oigo afirmar que sólo los sabios son elegantes: con qué sentidos corporales habrán visto esta elegancia, o con qué ojos de la carne habrán contemplado la forma y la gloria de la sabiduría. En cambio, los que anteponemos con razón a los demás distinguieron lo que contempla la mente de lo que perciben los sentidos: sin quitar a los sentidos lo que alcanzan, y no dándoles más de lo que son capaces; pero afirmando también que existe una luz para conocerlo todo y que ésa era el mismo Dios, por quien fueron hechas todas las cosas.

**CAPÍTULO VIII**

**También en la filosofía moral los platónicos tienen la primacía**

Queda por tratar la parte moral, que en griego se llama ética, en que se trata del bien supremo. Si referimos a él todas nuestras acciones, y lo buscamos no por otro bien, sino por sí mismo, y al fin llegamos a conseguirlo, no es preciso buscar más para ser felices.

En efecto, se ha llamado fin, porque todas las demás cosas las buscamos por él, y a él en cambio sólo por sí mismo. Con relación a este bien beatífico, unos afirman que le viene al hombre del cuerpo; otros del alma, y otros de entrambos. Como veían que el hombre está formado de alma y cuerpo, juzgaron que era natural tenía que venirle el bien de uno de estos dos o de los dos, con un bien final con el que fueran felices, al cual dirigieran todo lo que hacían y no tuvieran que buscar otra cosa a qué referirlo. Por ello, cuando otros añadieron un tercer género de bienes, llamado extrínseco, como el honor, la gloria, el dinero o cosa semejante, no lo añadieron como objetivo final, es decir, de suerte que fuera apetecido por sí mismo, sino por otro; y así este género de bienes sería bueno para los buenos y malo para los malos.

Así, ya solicitaran este bien del espíritu, ya del cuerpo, ya de uno y otro, al fin pensaron que había que solicitarlo del hombre. Los que lo apetecieron del cuerpo, lo apetecieron de la parte inferior; los que lo apetecieron del alma, de la parte superior, y los que de una y otro, de todo el hombre. Fuera, pues, de la parte, fuera del todo, al fin sólo del hombre. Estas diferencias no por ser tres se quedaron en tres opiniones, sino que suscitaron muchas discordias y sectas entre los filósofos: hubo diversas opiniones sobre el bien del cuerpo, sobre el bien del alma y sobre el bien de uno y otro.

De consiguiente, cedan todos éstos ante los filósofos que afirmaron que el hombre no era feliz por gozar del cuerpo, o por gozar del espíritu, sino por gozar de Dios; no como el espíritu goza del cuerpo o de sí mismo ni como el amigo del amigo, sino como el ojo goza de la luz, si estas cosas pueden suministrarnos alguna semejanza con aquello; cuál sea ésa, en cuanto está de nuestra parte, aparecerá con la ayuda de Dios en otro lugar.

Baste, por el momento, recordar que para Platón el bien supremo consiste en vivir según la virtud, y que esto sólo puede alcanzarlo quien tiene conocimiento de Dios y procura su imitación; según él, no hay otra causa que pueda hacerlo feliz. Y así, no duda en afirmar que filosofar es amar a Dios, cuya naturaleza no es corporal. De donde se sigue que entonces es feliz el amante de la sabiduría (tal es el filósofo) cuando comienza a gozar de Dios. Aunque en realidad no siempre es feliz el que goza de lo que ama; hay muchos que son miserables por amar lo que no debe ser amado, y más miserables aún sin llegar a disfrutar de ello; pero nadie es feliz si no goza de aquello que ama. Los mismos que aman lo que no debe ser amado no piensan ser felices en el amor, sino en el gozo. Por tanto, quien goza de aquel a quien ama, y ama el verdadero y supremo bien, ¿quién, sino alguien muy depravado, negará que es feliz? A ese bien verdadero y supremo lo reconoce Platón como Dios; por eso dice que el filósofo es amador de Dios, a fin de que, como la filosofía tiende a la vida feliz, sea feliz gozando de Dios el que lo ama.

**CAPÍTULO IX**

**Sobre la filosofía que está más cerca de la fe cristiana**

Por tanto, cualesquiera filósofos que han reconocido al verdadero y supremo Dios como autor de las cosas creadas, luz de las cognoscibles y bien de las que han de practicarse, que es el principio de nuestra naturaleza, la verdad de nuestra doctrina y la felicidad de nuestra vida: ya sean los llamados propiamente platónicos o de cualquier otra denominación que hayan dado a su secta; sean sólo de la escuela jónica, que fueron los principales entre ellos, los que han tenido esta opinión, como el mismo Platón y los que mejor lo entendieron; o sean también los itálicos, teniendo presentes a Pitágoras y los pitagóricos, o también otros que ha podido haber de la misma opinión; sean cualesquiera de los tenidos por sabios y filósofos entre las otras naciones, los libios, del Atlántico, los egipcios, indos, persas, caldeos, escitas, galos, hispanos y demás: a todos los que hayan pensado así y enseñado estas doctrinas los anteponemos a los demás y confesamos que están más cercanos a nosotros.

**CAPÍTULO X**

**Excelencia de la religión cristiana entre las disciplinas filosóficas**

**1.** Puede el cristiano estar ilustrado sólo en las letras eclesiásticas e ignorar quizá hasta el nombre de los platónicos, y no saber si ha habido dos escuelas de filósofos en la lengua griega, los jónicos y los itálicos; pero no llega su desconocimiento en las cosas humanas hasta ignorar que los filósofos profesan el estudio de la sabiduría misma. Mira con cautela, sin embargo, a los que filosofan según los elementos de este mundo, no según Dios, que ha hecho el mundo. Así se lo advierte el precepto apostólico, y él escucha con fe lo que dice:*Cuidado con que haya alguno que os capture con ese sistema de vida, vana ilusión tradicional en la Humanidad, basado en lo elemental del mundo*[3](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn3).

Pero también, para que no piense que todos son iguales, escucha al mismo Apóstol hablando de algunos:*Porque lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista: Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder, y su divinidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras*[4](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn4). Como hablando a los atenienses, dirigiéndoles sobre Dios aquella maravillosa expresión que pocos pudieron entender,*en él vivimos, nos movemos y existimos, añadió: así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas*[5](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn5).

Cierto que sabe también el cristiano guardarse de esos mismos en los errores que tienen. Ya en el mismo pasaje en que se dijo que a través de las cosas creadas, Dios les ha manifestado sus perfecciones invisibles accesibles a su inteligencia; ahí mismo se dice que ellos no le dieron el culto debido, puesto que rindieron a otras cosas, a que no correspondían, los honores divinos que a él solo eran debidos:*Porque al descubrir a Dios, en vez de tributarle la alabanza y las gracias que Dios se merecía, su razón se dedicó a vaciedades y su mente insensata se obnubiló. Pretendiendo ser sabios, resultó que cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes de hombres mortales, de pájaros, cuadrúpedos y reptiles*[6](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn6). Se refiere aquí el Apóstol a los romanos, griegos y egipcios, que se gloriaban de su nombre de sabios. Sobre esto discutiremos después con ellos.

Por lo que se refiere a su coincidencia con nosotros sobre un solo Dios autor de este universo, que no sólo es incorpóreo sobre todos los cuerpos, sino también incorruptible sobre todas las almas, nuestro principio, nuestra luz, nuestro bien, en todo esto tenemos que anteponerlos a todos los demás.

**2.** Puede ser que el cristiano, ignorante de su literatura, no use de su terminología en la discusión, llamando natural en latín y física en griego a la parte que versa sobre la investigación de la naturaleza, y racional o lógica a la otra en que se busca el modo de percibir la verdad, y moral o ética a la que se trata de las costumbres, de los fines buenos que han de perseguirse y de los malos que deben evitarse. Pero no por ello ignora que es del único y verdadero perfecto Dios de quien tenemos la naturaleza, por la cual hemos sido hechos a su imagen; lo mismo que la doctrina, por la cual le conocemos a él y nos conocemos a nosotros; y la gracia, que nos hace felices por la unión con él.

Ésta es la causa de preferir éstos a los demás: los otros filósofos han gastado su talento y sus esfuerzos investigando las causas de las cosas y el método de aprender y de vivir; éstos, por el conocimiento de Dios, descubrieron dónde estaba la causa creadora del universo, la luz para descubrir la verdad y la fuente donde se saborea la felicidad. Ya sean, pues, estos platónicos, ya cualesquiera otros filósofos de cualquier nación, los que tienen este pensamiento sobre Dios están de acuerdo con nosotros. Pero nos ha parecido mejor tratar esta cuestión con los platónicos, porque son más conocidas sus obras. Pues los griegos, cuya lengua sobresale entre los pueblos, las hicieron bien conocidas con sus alabanzas, y los latinos, movidos por su gloria y su excelencia, las aprendieron de mejor grado, y al verterlas a nuestra lengua las hicieron más ilustres y famosas.

**CAPÍTULO XI**

**Cómo adquirió Platón la inteligencia que lo acercó a la ciencia cristiana**

Se admiran algunos unidos a nosotros en la gracia de Cristo cuando oyen o leen que Platón ha tenido este conocimiento de Dios, que reconocen tan en armonía con la verdad de nuestra religión. Por ello han pensado algunos que al ir a Egipto, oyó al profeta Jeremías o leyó en el mismo viaje los libros proféticos; y yo mismo consigné esta opinión en algunos de mis libros. Pero el cómputo diligente del tiempo, registrado en la cronología, nos dice que Platón nació casi cien años después que profetizó Jeremías. Vivió ochenta y un años, y pasaron casi otros sesenta desde su muerte hasta que Tolomeo, rey de Egipto, pidió de Judea los escritos proféticos de los hebreos, que procuró tener y traducir por los famosos setenta varones, conocedores también de la lengua griega. Por tanto, no pudo Platón en aquel viaje ver a Jeremías, tanto tiempo antes fallecido, ni leer las mismas Escrituras, que no habían sido vertidas aún al griego, su lengua. Cierto, como tan aficionado al estudio, pudo aprender mediante intérprete esos escritos, como aprendió los egipcios; no para trasladarlos por escrito, tarea llevada a cabo como un gran servicio por Tolomeo, que por su poder real podía inspirar cierto temor, sino para aprender en el trato su contenido en cuanto le fuera posible.

Esta hipótesis parece confirmada por algunos indicios, pues el libro del Génesis comienza así:*Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas*[7](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn7). Y Platón, en el *Timeo,* libro que escribió sobre la constitución del mundo, dice que Dios en esa obra unió primero la tierra y el fuego. Donde es manifiesto que asigna al fuego como su lugar el cielo; y, por tanto, tiene esta teoría cierta semejanza con aquella de*Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* Luego dice que el agua y el aire son los dos medios por los cuales se unen aquellos extremos. En lo cual se cree que entendió de este modo lo que está escrito:*El aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.* Aunque no se percató de qué sentido suele dar la Escritura al Espíritu (aliento) de Dios, ya que también el aire se llama espíritu; y así parece pudo pensar que en aquel lugar se hacía mención de los cuatro elementos.

Sobre la afirmación de Platón de que el filósofo es un amador de Dios, nada hay más claro en las Sagradas Letras. Lo que ha influido muchísimo en mí para llegar casi a creer que Platón no fue desconocedor de los Sagrados Libros es esto: las palabras de Dios llevadas por el ángel a Moisés, con que había de responder a quien le preguntase por el nombre de quien le mandaba ir a liberar al pueblo hebreo de Egipto:*Yo soy el que soy. Esto dirás a los israelitas: Yo soy, me envía a vosotros*[8](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn8). Como si en comparación del que es por ser inmutable no existieran las cosas que son mudables. Platón sostuvo esto con tenacidad y lo recomendó con toda solicitud. Yo no sabría decir si esto se encuentra en alguno de los libros que existieron antes de Platón, a no ser donde se dijo:*Yo soy el que soy. Yo soy, me envía a vosotros.*

**CAPÍTULO XII**

**Aun los platónicos, a pesar de su recto concepto del Dios único y verdadero, pensaron se debían sacrificios muchos dioses**

De todos modos, doquiera haya aprendido él estas verdades, ya en los libros de los que lo precedieron, ya, más bien, como dice el Apóstol,*porque lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista: Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras*[9](http://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/cdd_08_note.htm%22%20%5Cl%20%22_ftn9), pienso haber dejado bien claro que con toda razón escogí a los filósofos platónicos para tratar con ellos lo que se ventila en la cuestión que hemos emprendido sobre la teología natural: ¿es preciso, atendiendo a la felicidad después de la muerte, hacer sacrificios a un solo Dios o a muchos?

Los escogí a ellos sobre todo, porque cuanto más elevado sentir tuvieron sobre el único Dios, que hizo el cielo y la tierra, tanta mayor gloria y prestigio alcanzaron. Cuánto fueron preferidos a los otros a juicio de la posteridad nos lo demuestra lo siguiente: Aristóteles, discípulo de Platón, varón de extraordinario talento, inferior en estilo a su maestro, pero muy superior a muchos, fundó la escuela peripatética, así llamada porque acostumbraba a enseñar paseando; y destacando por la gloria de su fama, conquistó para su escuela a muchísimos aun en vida de su maestro. Pero después de la muerte de Platón, Espeusipo, hijo de su hermana, y Xenócrates, su discípulo predilecto, lo sucedieron en la escuela llamada Academia, y por eso ellos y sus sucesores se llamaron académicos. No obstante, los más ilustres filósofos posteriores que siguieron a Platón no quisieron llamarse peripatéticos ni académicos, sino platónicos. Son bien conocidos entre ellos los griegos Plotino, Jámblico, Porfirio; y en las dos lenguas, griego y latín, destacó como platónico el africano Apuleyo. Pero todos éstos y los demás de este estilo, y el mismo Platón, pensaron debían hacerse sacrificios a muchísimos dioses.